

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

SOBRE EL SUPUESTO OCASO
DE LA «GUERRA FRÍA»

ACASO de todos los rótulos ideados para titular los más destacados problemas internacionales del período postbélico, aquel que ha alcanzado más volumen popular y engendrado mayor número de inquietudes y perplejidades es el de la «guerra fría». Este acuerdo en la denominación genérica no implica asentimiento en lo que atañe a determinación del contenido de la mencionada cuestión. Una inmensa mayoría estima como indiscutible que la «guerra fría» es un producto específico de la habilidad dialéctica de la U. R. S. S. Es esto tan evidente, que algunos no han vacilado en definir la «guerra fría» como el sistema del riesgo calculado. La medida, según tal versión, consistiría en manipular la dialéctica rusa de tal modo que ésta ni resultase inocua ni corrieran el riesgo quienes las respaldan de epilogar en lo irremediable. Interpretación esta atrayente por cuanto cumple una doble finalidad: de un lado, explicar, al menos aparentemente, lo que se reputa de indescifrable; de otro, prolongar la leyenda tejida en torno a la supuesta habilidad dialéctica de Moscú, de tal modo exhibida que roza ya las fronteras de la mitología. Para completar la imagen dialéctica se agrega como argumento definitivo: Si en el espacio de siete años de posguerra la técnica de la «guerra fría» se ha mostrado eficiente, ello es síntoma de que el circunstancionalismo que la nutre responde a una idea de conjunto, visión panorámica ausente en el campo occidental, donde sólo se ha esgrimido como táctica la episódica e ineficiente de que hablara tan insistentemente Toynbee: el reto circunstancial, que engendra la réplica también oportunista.

Convendría que nos detuviésemos brevemente a reflexionar en torno a las precedentes aseveraciones, y decididos a realizar tal labor valorativa, permítasenos ante todo una rectificación, acaso sorprendente por su audacia: para nosotros la «guerra fría» no es un artilugio diplomático respecto de cuya manipulación disfrute de una especie de monopolio exegético la U. R. S. S. Es decir, no se trataría de ese arma nueva de que habla con tan acentuada aprensión, Norman Angell y que vendría a revolucionar las tradiciones diplomáticas en la misma proporción que deparaba a Rusia una ventaja, sin posibilidad de neutralización o equilibrio. Para nosotros la «guerra fría» es el fruto necesario de una situación táctica y perdurará en tanto no epilogue esta indeterminación internacional que nos tocó padecer desde el año de 1945. Tal estado de hecho ha sido engendrado por una serie de circunstancias aparentemente diversas, pero que, en esencia, constituyen, en su sintomatología, un mismo e idéntico problema. Sólo así cabe explicar, y hasta si se quiere justificar, la perplejidad que se apoderó del mundo occidental a partir del año 1945. Esquematicemos esos síntomas. Ante todo, el carácter provisional de las medidas aplicables al problema alemán creaba en el corazón de Europa y en un sector topográfico imprescindible, un vacío alterante, de volumen y repercusión enormes. Faltaba así, repentinamente, lo que constituyera punto de apoyo imprescindible para interpretar adecuadamente la dinámica política internacional de Europa, por lo menos a partir de 1870, y una alteración sustancial de tales proporciones no se produce sin engendrar problemas de acaso imposible solución. Ahora bien, toda ausencia no sólo es grave por lo que intrínsecamente implica, sino en cuanto brinda coyunturas a los que aspiren a beneficiarse de tales carencias. Resultaría así que el vacío alemán se traduciría en la consecuencia de la ascensión rusa. La cuestión, así planteada en su aspecto genérico, no sería nueva: estaríamos simplemente situados frente a un problema de equilibrio y desequilibrio, problema que insistentemente conoció Europa desde 1648. Esta versión, aparentemente seductora, adolece de un defecto de interpretación, por cuanto en Westfalia Rusia no actuara todavía respecto del occidente en la medida que había de ofrecernos a partir de Pedro I, y conviene no olvidar que el protagonismo ruso ha introducido en la historia de occidente elementos de transformación que deben ser cuidadosamente considerados. A tal objeto, sin suscribirlos íntegramente, deben retenerse

como elementos de juicio imprescindibles las cuatro realizaciones históricas siguientes: 1.^a Segismundo ataca a Rusia por Smolensk; es derrotado por el frío y por los guerrilleros rusos; Polonia va a convertirse, potencialmente, en la nación de los tres repartos, y Rusia asciende a primer plano. 2.^a En 1708 aquel gran guerrero que fuera Carlos XII de Suecia sigue las huellas ofensivas de Segismundo; el frío, la distancia y los guerrilleros le impiden llegar a Moscú; se dirige entonces hacia Ucrania, y derrotado en Polonia, Suecia deja de ser, acaso para siempre, potencia de primer orden, en tanto Rusia ve incrementado su protagonismo. 3.^a Napoleón llega a las puertas de Moscú en 1812, pero la distancia convierte en desastre la expedición, la retirada es una *debacle*; Rusia irá a Viena como potencia preponderante y Alejandro será el árbitro de Europa, unciéndola al carro del legitimismo, a través de la Santa Alianza, en tanto Tayllerand va a Viena como delegado de una nación vencida y suplicante. 4.^a Hitler, siguiendo las huellas de aquellos que le antecidieron en la experiencia dramática, ataca por Smolensk; después, como Carlos XII, cambió el rumbo de su ofensiva; se dirige al Cáucaso, es derrotado en Stalingrado; Alemania no será únicamente reducida a la condición de potencia secundaria, se le aplica el sistema, jurídicamente monstruoso, de la «rendición incondicional», pluralmente inexplicable, por cuanto al vencido pueden ofrecérsele duras condiciones, pero tras un diálogo; mas, en modo alguno, cabe eliminarlo como entidad política. Para los fatalistas, que generalmente forman en el frente dialéctico de los mínimos esfuerzos, las precedentes realizaciones brindan a la Europa de occidente toda la amargura de esta experiencia postbélica. Acaso más por instinto que por reflexión, los aliados condicionales de Rusia percibieron cuanto había de peligrosidad en esa situación postbélica, y por ello intentaron lograr que Alemania alcanzase lo que no habían conseguido ni Polonia ni Suecia: su restablecimiento; además inútil, por cuanto Rusia, lejos de considerar la situación de la Alemania postbélica como emergente, trató de prolongarla acentuando su situación de hecho e impidiendo así que el vacío centroeuropeo de 1945 pudiese ser eliminado o simplemente aminorado.

Aparte lo expuesto, insistentemente se invocó otro argumento, no por manido menos impresionante: se aseveró que Rusia, disponiendo de un frente interior, si no compacto por lo menos drásticamente impuesto, podía, apoyada en esa especie de inexpugna-

bilidad, dirigir sus presiones a lo largo de un dilatado frente, eligiendo siempre el lugar, la hora y la coyuntura propicia. Precisamente la proyección rusa a lo largo de esa enorme suma de espacio, dió nacimiento al sistema (dialécticamente vulnerable) de la llamada «diplomacia total», patrocinado por Dean Acheson. La citada libertad de movimientos presionantes rusos y la obligada réplica norteamericana a lo largo de tan dilatada frontera, ha traído a nuestra memoria unas palabras de Schiller, que hoy, a nuestro entender, encierran palpitante actualidad. Schiller, al comprobar la ley histórica de que Rusia había encontrado su adecuado parapeto en el factor distancia, decía algo de apariencia sorprendente al afirmar que Rusia sólo podía ser conquistada por Rusia. Intentemos desentrañar el sentido de las palabras de Schiller.

Sólo el espacio, el gran aliado de Rusia, puede convertirse en el enemigo mortal de la U. R. S. S. Hoy Rusia parece haberse embarcado en una aventura suicida: la expansión sin límites en el espacio. Supuestas o reales, cobran indudable actualidad las declaraciones de Litvinov al periodista norteamericano Hotlet en 1946, y recientemente publicadas en el *Washington Post*. Decía Litvinov: «En Rusia se retrocedió a los antiguos términos de la seguridad en su versión territorial, es decir, cuanto más territorio se anexe más seguro se estará». La verdad es que a Rusia, que se ha lanzado a practicar el sistema satelitista, no le será dable hacer un alto definitivo en ese camino de expansión. La lógica del satelitismo implica su ampliación indefinida en el espacio. Así absorbe inexorablemente viejas civilizaciones de difícil adscripción; extiende al propio tiempo sus ya originariamente inmensas líneas de comunicación; ve aumentar la proporción de insumisos en la misma medida en que vive la ilusión de haber domeñado a los supeditados. Rusia camina así hacia lo que parece inevitable epílogo de toda nación que practica la expansión por la expansión: que cada etapa alcanzada en la tarea anexionista no es más que un punto de arranque para otras anexiones posteriores. Esta realidad trae a nuestra mente aquella versión de Toynbee, tan conocida y a tenor de la cual todo Estado en vísperas de inevitable descomposición tiende fatalmente, en su estertor, a convertirse en Estado universal.

Si la tesis por nosotros respaldada tiene alguna razón de ser, de la misma se induciría que el fin de la «guerra fría» no se alcanzaría, como se propugna en ciertos medios norteamericanos, po-

niendo fin a esas situaciones extrañas, tales como el denominado santuario manchuriano o practicando el sistema propugnado por Jessup, a tenor del cual, tanto los pleitos coreanos como los indochinos dejarían de serlo si, previa e inequívocamente, se hiciese saber tanto a Rusia como a la China comunista, que en el supuesto de producirse nuevas ofensivas, se desencadenaría un masivo ataque aéreo sobre los centros de comunicación de Rusia y de China. Ya que uno y otro sistema parten de un principio, cuando menos discutible, a saber, que Rusia dispone de medios para sostener indefinidamente su actual sistema de presiones y considera posible el atenerse al sistema de las expansiones sucesivas y acentuadas. Para nosotros, lo que ha deparado a Rusia, desde tiempos de Pedro I, la posibilidad de alcanzar la condición de gran potencia, manteniendo e incluso fortaleciendo tal posición, ha sido que reflexiva o instintivamente (acaso más lo segundo que lo primero), se atuvo Rusia a la práctica de lo que constituyen sus propias normas geopolíticas. Mas así como al tomar a calidad de guía la geopolítica puede constituir elemento de fortalecimiento diplomático cuando no se cae, por exageración, en una especie de determinismo geográfico, no puede una nación impunemente desdeñar sus normas geopolíticas, y si les torna la espalda, tarde o temprano habrá penetrado en un auténtico callejón sin salida. No otra cosa es lo que le está aconteciendo a Rusia en la actualidad. Paradójicamente, lo que servía de apoyatura dialéctica a los geopolíticos alemanes de la primera postguerra (que Alemania, como país sin espacio *Volk Ohne Raum*, necesariamente había de propender a la expansión, reducida a términos geográficos inviables) constituye ahora la base dialéctica de un pueblo cual el ruso, que a lo largo de su historia y en las cuatro experiencias bélicas antes referidas encontró en el exceso de espacio su arma decisiva frente a las ofensivas provinientes del mundo occidental. No se torna impunemente la espalda a la geopolítica ni puede exagerarse desmedidamente la noción del espacio, que en vez de elemento de vida (*Lebens Raum* de los alemanes) puede convertirse en sepultura de quien lo practica.

En suma, si se produce el ocaso de la «guerra fría» (precisamente en su inevitabilidad encontramos el síntoma auténticamente preocupante de la hora presente, ya que la «guerra fría», si no se prolonga, epilogará fatalmente en la guerra en acción), ello no será por la eficiencia del sistema de la diplomacia total o por la

puesta en práctica de otros expedientes similares, sino que estaremos situados frente a un desenlace biológico y previsible, epílogo que no podrán inscribir en su haber los diplomáticos occidentales, sino que será el fruto lógico del sistema del satelitismo o de la expansión sin límites en el espacio; en suma, de una especie de suicidio ruso, que, consumado, no dejará muy bien parada la sedicente habilidad dialéctica de los dirigentes moscovitas, respecto de cuya agudeza tanto y tan exageradamente se ha sepeculado.

VÍSPERAS ELECTORALES

Es natural que las próximas elecciones presidenciales norteamericanas susciten curiosidad e inquietud en los medios internacionales de todo el mundo, habida cuenta de que el futuro huésped de la Casa Blanca habrá de conocer, a lo largo de su mandato cuatrienal, años decisivos. Precisamente la densidad histórica del próximo mandato, parece requerir la puesta en práctica de una política internacional de perfil bipartito. Tal evidencia, no parece haber sido debidamente valorada por cuantos se alinean en los dos grandes partidos históricos norteamericanos. Especialmente percibimos, como síntoma preocupante, el siguiente: desde que Truman fué reelegido, se produjo un hecho, nuevo en los anales de la historia de los Estados Unidos, de tan acusada trascendencia, que respecto del mismo no caben rectificaciones, ni menos cambios de rumbo; nos referimos a la preexistencia de un tratado de alianza de tipo permanente —el Pacto del Atlántico— que conecta a los Estados Unidos con el mundo occidental europeo, a lo largo del período crucial que nos tocará vivir en los años que advienen. Hasta 1949, los Estados Unidos no se habían departido sustancialmente de las prédicas de Jorge Wáshington, en el sentido de rehuir la firma de tratados de alianza permanentes; en este sentido puede aseverarse que la conclusión del Pacto del Atlántico equivalió al sepelio de la única constante histórica de que los Estados Unidos de Norteamérica eran portadores a contar del día en que fué conocido el famoso «Manifiesto de Adios». Tal epílogo condicionaba de modo prominente la libertad hermenéutica, tanto de los demócratas como de los republicanos; unos y otros no podían departirse de los deberes a que les obligan las

obligaciones preexistentes. Ello hace inútil agregar que el «aislacionismo» no contaba ahora con ambiente propicio para ser alcanzada su posible galvanización y si todo lo que antecede es evidente, resultaba innegable que los republicanos no podían explotar las posibilidades dialécticas que les brindaba la circunstancia de haber estado ausentes del poder, desde 1932. Ello no obstante, al menos a nuestro entender, el problema internacional de los Estados Unidos no se plantea de manera tan clara y dilemática, como pudiera inducirse, de acuerdo con los anteriores presupuestos.

Digamos ante todo que el sedicente «aislacionismo» se nos aparece con caracteres fluidos, que imposibilitan todo pronóstico respecto a su anunciado sepelio. El «aislacionismo», ni siquiera en los instantes más agudos de su vigencia, se ofrecía como un movimiento de retracción de tipo integral. Tal versión del «aislacionismo» resultaba impracticable; de ello se dieron clara cuenta sus más obcecados exaltadores, por lo cual esa inclinación, si bien se nutría dialécticamente de ademanes reactivos, respecto del viejo mundo, tal inclinación alejacionista, encontraba determinada compensación, en el sentido de que tornar la espalda al viejo continente equivalía a incrementar los afanes colaboracionistas respecto del hemisferio occidental. Nunca hemos podido adivinar el porqué de esa coetaneidad de los flujos y reflujos y acaso la inexplicabilidad del fenómeno se ofrecía igualmente a los que intentaban apuntalarlo en el orden fáctico. Pero la verdad es que esa política internacional de contrastes era y sigue constituyendo evidencia en los instantes presentes. Lo evidencia la sola comprobación de algo reciente e innegable: a partir del día en que fué ratificado y puesto en vigor el Pacto del Atlántico, al sur del río Bravo se exteriorizaron reproches, aduciendo que los Estados Unidos parecían alejarse de sus prácticas panamericanas. La específica circunstancia de que de un pacto, rotulado como atlántico, se excluyera a los países situados al sur del trópico de Cáncer, resultaba geopolíticamente injustificable, según la interpretación de ciertos críticos sudamericanos. Un mar como el Atlántico, no puede ser repartido en zonas de colaboración y en sectores marginales, sin atentar de ese modo a la necesaria unidad de toda política internacional, hoy más que nunca de innegable carácter cósmico. Ello explica que en el Brasil —recuérdese a este propósito la conocida tesis de Asís de Chateaubriand— se arguyese en el

sentido, bien de extender a la zona sur los efectos del Pacto Atlántico, ya de complementar tal compromiso, concluyendo otro que incluyese a los Estados Unidos y a las naciones de ascendencia hispánica. Las apuntadas reacciones no han sido valoradas adecuadamente desde Europa y a las mismas —circunstancia menos disculpable— no se prestó la debida atención desde estas tierras españolas, distracción tanto menos disculpable, cuanto que España, por su situación marginal respecto del Pacto Atlántico, parecía especialmente indicada para propugnar la tesis de la coordinación, tal y como fué invocada desde la otra orilla del Atlántico sur.

Los propios Estados Unidos no parecen haberse dado clara cuenta de lo que para ellos puede significar esa distracción respecto de los problemas interamericanos. Lo cierto es que coincidiendo con ese alejamiento, se están registrando en el Nuevo Mundo una serie de movimientos políticos de tipo revolucionario, cuyo eco habrá de registrarse especialmente en el sentido de afectar a la fortaleza de la solidaridad americana. Así se introduce en el hemisferio occidental un elemento de confusión, que si a alguien beneficia, no es precisamente a los Estados Unidos.

Para algunos intérpretes de la actual realidad internacional, el *alea jacta est* ha tenido realidad el día mismo en que la convención republicana de Chicago relegó a Taft y se produjo la convergencia en torno a Eisenhower. En Chicago fuera portavoz del partido republicano Mac Arthur. Por lo menos esa era la significación que inicialmente se asignara a su tan aplaudido discurso. La verdad es que Mac Arthur no sólo se producía en el sentido de respaldar duras críticas dirigidas a la administración demócrata, sino que sus reparos parecían distanciarlo de la tesis personalizada en Eisenhower. Fué entonces cuando pudo decidirse respecto a la futura orientación de los Estados Unidos, en el sentido de convertir en plataforma del partido republicano la tesis de Mac Arthur, de una mayor atención dispensada a los problemas de Extremo Oriente y del Oriente Medio y una colaboración condicionada al viejo mundo, otorgada en la misma medida en que éste ofreciese signos ciertos de fiar en algo más que en la, hasta el presente, inagotable generosidad norteamericana. Todo ese artificio dialéctico se derrumbó irremediabilmente cuando los compromisarios, tornando su espalda a Taft, implícitamente condenaban la nueva versión ofrecida por el General Mac Arthur.

Resulta, por tanto, que si alguna enseñanza nos brinda la con-

vención republicana de Chicago, es la siguiente: que Eisenhower, sustancialmente, es portador de la misma versión en política internacional que los demócratas. Pensamos que tal desenlace habrá de sembrar explicable perplejidad en el elector norteamericano, cuando, en el próximo mes de noviembre, sea llamado a designar al nuevo huésped de la Casa Blanca. Puede pensar el votante en dos posiciones, ambas de parecida irrelevancia: 1.ª Puesto que la elección de Eisenhower no implicaría una sustancial modificación en la orientación internacional de los Estados Unidos, nada se opone a la designación de un nuevo presidente demócrata. 2.ª Si bien un reemplazo republicano en la Casa Blanca nada significa como modificación sustancial, acaso el ingreso del partido republicano, apartado de la administración desde 1932, cuando menos implicaría un reemplazo de personas y un reajuste de una máquina política notoriamente gastada. Limitado por esas dos posibilidades epilogales, aquel poderoso sector de opinión que desearía prestar su voto al candidato triunfante, sentirá nacer en su espíritu vacilaciones y perplejidades, que no contribuirán precisamente a fortalecer la posición dialéctica de los Estados Unidos en el campo de las relaciones internacionales.

La apuntada indecisión del elector norteamericano parece todavía más verosímil si piensa en esta lección de experiencia: se ha dicho que lo consentido en Teherán, Yalta y Postdam, posibilitó la aparición de la «guerra fría» y tornó factible el epílogo del protagonismo postbélico de la U. R. S. S. y que es preciso eliminar los que son repercusiones de esa triste herencia. Pero hasta el presente los republicanos que respaldan a Eisenhower no parece que hayan rebasado dialécticamente aquellos expedientes ideados por los demócratas, todos ellos indiscutiblemente ineficientes y que se conocen con las sucesivas denominaciones de política de apaciguamiento, de contención o del sistema de la diplomacia total. Cómo y cuándo puede doblarse ese cabo de las rectificaciones, carentes de valor constructivo, es lo que hasta el presente no han podido decir los que aspiran a instalar un huésped republicano en la Casa Blanca.

Lo cierto es que en la convención republicana de Chicago se hundió la única tesis que parecía encerrar un determinado valor positivo: la de Mac Arthur y a cuyo tenor las guerras se emprenden para alcanzar la paz, tras la derrota del enemigo, pero carecen de razón de ser cuando no parecen tener más significación

que la de un drama sin epílogo previsible. Esa alusión a la contienda coreana parecía introducir un factor positivo y decisivo en el problema internacional de la hora presente. Acertada o no, indudablemente, ofrecía una coyuntura terminal, respecto de la actual indecisión. Descartada esa tesis, nos vemos reintegrados a la perplejidad en estos días que anteceden al gran comicio de noviembre próximo.

DE MOSSADEQ A MOSSADEQ

Entre las muchas paradojas de que está tan acentuadamente salpicado este mundo postbélico merece destacarse aquella o aquellas que nos son brindadas por la experiencia iraníana. Norteamérica, especialmente, a través de Roosevelt, se había erigido en portavoz del anticolonismo. Consideraban los Estados Unidos que la prolongación indebida de regímenes coloniales no sólo introducía un peligroso elemento de confusión en el campo internacional, sino que posibilitaba el clima dialéctico, susceptible de ser explotado adecuadamente por los propugnadores de la «guerra fría». Esa obsesión, paradójicamente, se tornó en contra de los Estados Unidos; así en Corea, procediendo a una evacuación prematura de su parte sur y posibilitando la aparición del actual conflicto. Pero sucedía que Norteamérica, a impulsos de una preocupación sentimental creía, o fingía creer, que así como Wáshington había puesto término a un sistema colonial de tipo político, tal manumisión podría y debería ser alcanzada en otras latitudes. Los que así se producían ignoraban que el colonismo actual presenta modalidades de especial condición; se trata de un colonismo económico y consiste su característica en respetar —al menos aparentemente— la independencia política de un país, a reserva de proceder a su explotación económica. En este sentido, el petróleo y su control, ofrece amplios motivos de reflexión. Fué el petróleo el agente provocador de la crisis política del Irán; en este caso falló el sentido anticolonista norteamericano, por cuanto son demasiado trascendentes los intereses de los grandes trusts petrolíferos para que entre ellos, tras leves escaramuzas, no se produzca la avenencia. Fenómeno éste que estamos registrando en todas las latitudes mundiales; allí donde el petróleo aparece en cantidad impresionante, tarde o temprano, se produce la avenencia

de los siete grandes trusts (Standard Oil de New Jersey, Standard Oil de California, Texas Oil Company, Socony Vacuum, Gulf Oil, Royal Dutch-Shell y Anglo-Iranian), cuya conjunción no sólo posibilita la obtención de ganancias fabulosas (ciento cincuenta mil millones de pesetas anuales), sino que da nacimiento a una especie de superestado, entidad omnipotente, nueva en los anales de la política internacional. Esa suma de poder técnico en manos de los siete trusts omnipotentes, yugula cualquier intento encaminado hacia la manumisión y respaldado por alguno de los países productores de petróleo en gran escala. Es esto, sustancialmente, lo que hoy se está produciendo en Irán y que ha originado crisis políticas tan graves como las que últimamente alejó momentáneamente del poder a Mossadeq, para reinstalarlo, fortalecido su prestigio, pocos días después. Crisis política de tal magnitud, que incluso puede afectar a la persistencia de la monarquía persa.

Se ha dicho que nos encaminamos fatalmente hacia una especie de unidad internacional, impelidos hacia ello de modo irremediable por la técnica, y que constituye ejemplo de ese proceso uninitivo fatal lo sucedido en Irán a propósito de los petróleos de Abadan. Mossadeq logró expulsar de los campos petrolíferos iraníes a los delegados de la Anglo-Iranian; mas esta entidad explotadora, monopolizadora de elementos técnicos (refinamiento y distribución), ha logrado una paralización, que, en definitiva, domoñará la resistencia persa.

No existe más posibilidad epilodal —se dice— que el injertar el actual pleito en la tradicional rivalidad anglo-rusa respecto de Persia y acaso en función de la misma pueda decidirse un problema cuya aparente solución lo sería en perjuicio de Persia. Ese es precisamente el riesgo que corre Persia al reinstalarse Mossadeq en el Poder, con atribuciones incrementadas. Su antecesor meteórico, Ahmed Ghavanes Sultaneh, representaba para Irán más abultadas posibilidades de preservación. Realista, practicaba lo que Maquiavelo aconsejara en su *Príncipe*, como reflejo del mal menor, a saber, mantener a rusos e ingleses en posición de equilibrio, evitando que uno de estos dos países lograra sentar una hegemonía, a la cual aspira, a través del duelo secular entablado entre el oso moscovita y la ballena británica.

Pero Mossadeq cuenta en su haber no sólo la ventaja de retornar con prestigio político acrecentado, sino que su reinstalación coincide con algo que refuerza su posición: aludimos a la recién-

te decisión del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya. parecer obtenido por no muy abultada mayoría, pero que, en esencia, significa nada menos que el declarar el actual pleito del petróleo iraníano no como diferencia entre Inglaterra y Persia, sino como litigio en que aparecen, en calidad de partes discrepantes, de un lado, el Estado persa y, de otro, la Anglo-Iranian Oil C.º Ello altera sustancialmente los términos del problema, en el sentido de fortalecer visiblemente la tesis de Mussadeq, por cuanto parece evidente que resuelto el punto litigioso en el sentido reflejado en la citada sentencia de La Haya, jurídicamente nada se opone a que Persia, en uso de su soberanía y como medida defensiva en el orden político, decrete la nacionalización de las riquezas del subsuelo nacional. Ello, en todo caso, no sería nada nuevo en los anales políticos, construídos en torno a las actividades de los omnipotentes trusts petrolíferos. Un ejemplo similar nos lo brindara el Gobierno Carranza al promulgar la constitución de 1917 e inscribir entre sus cláusulas el artículo 27 que decretaba la nacionalización de las riquezas minerales mejicanas, y si entonces (véase nuestra obra *El Imperialismo del petróleo y la paz mundial*. Valladolid, 1925) apoyábamos, por estimarla jurídicamente correcta, la tesis mejicana, no posición diferente habremos de tomar respecto de la justicia que asiste a Irán para adoptar una medida semejante.

Desgraciadamente para Persia, no se trata de resolver una cuestión en la esfera específicamente jurídica, ya que en este caso el aspecto fáctico del problema se antepone a consideraciones de equidad. No es verosímil que Irán encuentre compradores, organizados y provistos de todo el material preciso, en otros trusts petrolíferos, ya que ninguna de las empresas citadas en otro lugar de estos comentarios se avendría a establecer un antecedente, tan peligroso, como lo sería el aprovecharse del desahucio de la Anglo-Iranian C.º y si Persia, como en cierto modo Venezuela, liga su estructura económica a la riqueza petrolífera, el desequilibrio financiero que implica la paralización de las refinerías de Abadan, no puede ser soportado indefinidamente por el Gobierno de Mussadeq. Es un signo de los tiempos esta pugna entre lo técnico y lo político, y si lo primero se antepusiera a lo segundo, sería cuestión de pensar si aciertan cuantos predicen encontrarnos ante un período de inevitable unificación del mundo, bajo la presión de un proceso aunitivo de índole técnica.

Pudiera suceder incluso que, minada como lo está, tras las incidencias de la última crisis, la autoridad del Sha, la posible instauración de una República proporcionase a Rusia coyuntura para ocupar un papel preponderante, con visible declinar de la influencia anglonorteamericana. Cabe suponer igualmente, que ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos aceptasen resignadamente el epílogo del control ruso, ya que ello equivaldría a demostrar que la política de contención, patrocinada por Truman, había fallado en Persia, fracaso que el elector norteamericano necesariamente había de reflejar en el modo de emitir su voto en noviembre próximo. Mossadeq asegura que lucha porque se le reconozca el derecho a vender el petróleo a quien lo estime oportuno; pero caso de persistir el actual vacío anglonorteamericano, no se adivina cómo Mossadeq podría encontrar compradores fuera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y parece evidente que Rusia no se avendría a sacar a Persia del actual atolladero sin cobrar un alto precio por tal servicio. Persia ingresaría así en el área abarcada por el telón de acero, y suponemos cuál sería la perplejidad de los seguidores nacionalistas de Mossadeq el registrar tal epílogo. Mas ello no interesa a Rusia, e incluso es posible que deje en igual posición de indiferencia a los fanáticos nacionalistas persas. Ahí radica precisamente la peligrosidad de este episodio de la «guerra fría», sistema dialéctico ruso que ahora puede ser puesto a prueba, acaso de modo definitivo. Si este es el epílogo, a cuya aparición estamos abocados, sería llegado el momento de afirmar que la «guerra fría» va a conocer su epílogo; no puede anticiparse si cruento o incruento, ni predecirse si habrá de implicar su eliminación o su inquietante fortalecimiento.

CAMILO BARCIA TRELLES

